

UNA BREVE ANTOLOGÍA DEL VUELO

[Los poetas y los viajes en avión]

Robinson Quintero Ossa



Este artículo ultraliviano lo propuse en 2004 a la revista Euforia, de la empresa de aeronavegación colombiana Avianca, para ser publicado en sus páginas. El comité de edición lo descartó por considerar que suscita el miedo, la angustia y el sentimiento de la muerte en los usuarios de su aerolínea, lo cual no es conveniente —según la publicación— para el bienestar de los pasajeros y la imagen de confiabilidad que promociona la empresa. La explicación la hallé sensata. Es comprensible que para Avianca la aviación sea un negocio de destinos seguros, y que la poesía no lo sea. Conclusión: la poesía es para volarse la

cabeza, no para aterrizarla.

El texto lo publicó posteriormente el Boletín cultural y bibliográfico del Banco de la República, dirigido en aquel tiempo por el poeta Darío Jaramillo Agudelo, paseante continuo de aeropuertos. Deseo reproducirlo para los lectores de La gaceta de Alforja, viajeros del ciberespacio, que saben que es imposible —como dejó escrito María Zambrano—, la poesía sin el vuelo.

Las impresiones que suscita moverse en el aire sostenido por alas se describen en varias obras de reconocidos narradores. Viajó en fantásticas máquinas voladoras quien leyó el relato de ficción *De la tierra a la luna*, de Julio Verne, y las novelas *Correo del sur* y *Vuelo nocturno*, de Antoine de Saint-Exupéry. Los poetas, otra suerte de aviadores — también con previsibles fallas en su vuelo—, han apuntado asimismo en sus libretas de viajes las sensaciones que les produce volar por los cielos. La poesía —se dice— es provocada por experiencias límites, y la de volar lo es.

Las esperas en las salas de los aeropuertos, las despedidas, los despegues, las agonías que producen los vacíos en pleno vuelo, los transbordos, los arribos a un nuevo

terminal, en fin, las escenas habituales por las que pasa un viajero aéreo, han sido meditadas por los poetas con distintos tonos, estilos y sentidos. El viaje y la imaginación, como lo sugiere Eugenio Montejo de Venezuela, suelen partir juntos.

LA VIDA

*La vida toma aviones y se aleja,
sale de día, de noche, a cada instante
hacia remotos aeropuertos.*

*La vida se va, se fue, llega más tarde,
es difícil seguirla: tiene horarios
imprevistos, secretos,
cambia de ruta, sueña a bordo, vuela.*

*La vida puede llegar ahora, no sabemos,
puede estar en Nebraska, en Estambul,
o ser esa mujer que duerme
en la sala de espera.*

*La vida es el misterio en los tableros,
los viajantes que parten o regresan,
el miedo, la aventura, los sollozos,
las nieblas que nos quedan del adiós
y los aviones puros que se elevan
hacia los aires altos del deseo.*

En el poema “Viajeros”, la colombiana Piedad Bonnett sugiere los diálogos y las atmósferas habituales que rodean las separaciones en las antecámaras de los terminales aéreos. Los versos detallan la escena de la despedida, en el aeropuerto de Barajas, de su amigo, el poeta ya citado, Eugenio Montejo.

VIAJEROS

*Aquella historia, Eugenio, que me contaste
en el aeropuerto de Barajas,
de vez en cuando viene, milagrosa,
y me acompaña.
Entre aviones que ruedan, entre gentes
a las que crecen alas,
sin oír el llamado que hacen los altavoces,
camina una muchacha.
Detrás de ella vas tú en tus treinta años,
detrás de ti, pausadas, las palabras,
detrás de tus palabras la “saudade”,
y en fin, mi encantamiento y tu callado
rememorar.
Y el tiempo
que ha venido de golpe hasta tus sienes
y que ahora señala, banalmente,
que es hora de despedirnos ya.
Nos devora Barajas, boa lenta, ondulante.
Tú a tu ciudad de soles, yo a mi país de nieblas.
En mi valija
la joya de tu historia,
que hoy brilla en la memoria mientras se desvanecen
Barajas, la mañana y el gesto de tu mano
que dice adiós al borde del poema.*

El griego Dimitris Houliarakis escoge la figura de los kamikaze, esos suicidas aviadores japoneses que en la segunda guerra mundial se lanzaban en picada desde los cielos contra los objetivos militares en mar o tierra, para señalarnos un estilo de arrojo si se quiere conquistar el clímax de la altura, o, en otro sentido, la plenitud de la vida.

EL ESTILO DE LOS KAMIKAZE

Ahora que se sume en el peligro nuestra tierra,

*qué más noble, qué más auténtico
para todos que seguir
el heroico ejemplo de los kamikaze.
Así que levántense no lloren y besen
a sus reverenciados y queridos padres
envuelvan alrededor de su cabeza
la brillante banda blanca
sigan adelante y tomen asientos
en el fuselaje de los aeroplanos
donde sus ojos adviertan el fulgor
del estallido del fuego que purifica*

Una sugerente metáfora erótica, tocada por el humor, produce a Juan Calzadilla, de Venezuela, el despegue de una aeronave. Pongamos a volar este avión, límpido en el cielo.

DESPEGUE

*Desde la terraza del aeropuerto
veo a este avión enorme rodar hacia la cabecera
de la pista
su lenta y programada marcha
de gran insecto que con fría majestad
arrastra sus alas gigantescas
y su trepidante tabaco que inclinado
sobre los testículos de sus dos ruedas traseras
semeja un miembro en erección
listo para abrir la herida del infinito*

Este vuelo que despegó, tal vez hacia itinerarios más felices, fue en una eventualidad el mismo que avistó desde tierra Geraldino Brasil. Movido por la evocación, el poeta brasilero piensa en esa otra máquina aviadora que sobrevoló Hiroshima y Nagasaki con su misión siniestra.

ESPERANZA

*Cuando pasa un avión
pienso algunas veces
—y digo algunas veces para que me crean,
porque si digo “siempre” no me creerían—
pienso en aquella mujer
o aquel hombre al amanecer
en Hiroshima y Nagasaki.*

*Ese ruido de avión
que fue un dulce despertar.*

*“Hoy sí, por fin, hoy sí,
la esperada carta va a llegar”*

*Dios mío,
al amanecer de aquella eterna noche
del 6 de agosto de 1945
aquel monstruo fue
una esperanza.*

La falla del motor cuando la aeronave se desliza por el aire, y la sospecha de que ésta, con todo su peso, se desplomará desde los cielos, pone a Fernando Herrera, de Colombia, ante un olvidado asunto religioso: la existencia de Dios. Esta es la impresión de su experiencia a bordo del “Vuelo 279”.

*Cuando de repente
el avión agoniza en el aire
sabes cuán mezquina es tu vanidad
en sus ansias de muerte.*

*En medio del terror y de las risas
que conjuran la tragedia,*

*echado un rápido vistazo a la suma de tus días,
sabes que no has sido del todo un hombre malo.*

*Mientras dudan los motores,
a tu lado, con lágrimas,
se persignan las mujeres;
tú también piensas en Él.
Ahora pesas el cruel ejercicio de la duda,
que aún en la más oscura cercanía de la muerte
no te otorga amparo alguno.*

Juan Gustavo Cobo Borda, también colombiano, en el poema “Hai-ku”, deja escrito que el deseo amoroso vuela más rápido que la más poderosa nave de los firmamentos, y que llega, antes que el avión que lo transporta, a su destino.

*Viajo hacia ti
a 820 kilómetros por hora.*

*Vuelo hacia ti
a 11.800 metros.*

*Mi mente,
en cambio,
ya anida en tu cuerpo.*

Otro avión toma altura y en él va nuestro asiduo viajero Eugenio Montejo, quien en un hermoso poema nos ofrece una impresión de las piedras divisadas desde la ventanilla de su aeronave, visión que le recuerda un pasaje de su infancia.

LAS PIEDRAS

*Las piedras intactas en el río,
absortas en la orilla,*

*sentadas a solas, conversando.
Las piedras más profundas que la infancia
y de más sólido paisaje.
Siguen allí cerca del pozo, nada las mueve,
y al acercarnos
alzan los rostros renegridos, se mudan
pero ya no nos reconocen,
¡hay que hablarles tan alto!
Y son las mismas madres pétreas
que en inocente desnudez
al zambullirnos
se quedaban oreando las ropas,
pero no nos recuerdan,
no tienen noción de máscaras ni viajes,
perciben el tiempo por el tacto,
creen que nos borramos en el agua
y las arenas
río abajo.
De tarde en tarde la sombra de un avión
en que partimos
las atraviesa
y no saben que van en las valijas
a bordo, que son nuestro único equipaje,
tan fuertemente se han cerrado sus párpados.*

Sobrevolemos en otro avión los firmamentos de Asia, en compañía del poeta colombiano Jorge Bustamante García, quien durante mucho tiempo residió en Rusia. De su imaginación surgieron los siguientes versos mientras contemplaba desde su silla voladora el mar de Azov:

*Desde el avión se ve como un punto diluido
como un eco que anuncia otros más
como un hoyuelo sin color y sin memoria.
A él llega un río verdoso y amarillo*

[...]

*Volando sobre el mar de Azov encontré la lluvia
haciendo el amor sobre las olas
depositando su luz sobre el hastío
los peñascos de arenisca ahogando los peces
sobre el agua hasta que la noche se quebró
en un susurro de albas y un canto distante...*

Ahora aterricemos con Susan Kigali en el aeropuerto de Harare, donde la espera su madre, que excitada por el reencuentro y por la visión de tantos viajantes, le comenta con asombro —apenas la recibe— sobre lo grandes que son los ojos de los que viajan. La poetisa de Uganda relata este reencuentro en un poema, del cual transcribo aquí un breve fragmento:

*Me preguntaste
si acaso aterrizar
es la misma experiencia
que despertar a una viuda*

*¿Produce la viudez
presión en los oídos
hace subir los intestinos
del abdomen a la boca?*

En otro aeropuerto —seguramente distante de Harare—, después de abandonar el avión en que venía de pasajero, espera el escritor colombiano Miguel Méndez Camacho el anuncio del vuelo que lo llevará finalmente al destino deseado. Allí, en la soledad de su paciencia, compuso tal vez los siguientes versos, que hablan de los pensamientos que surgen en un viajero mientras aguarda a reanudar su travesía entre pasillos, salas de espera, terrazas y tiendas para turistas.

PARA ASUMIR LA SOLEDAD

*En los aeropuertos donde nadie te espera
ni despide
ondea tu sonrisa
y responde a las manos que saludan.
Y al subir o bajar la escalerilla
el rito del brazo levantado
hacia la bandería
de los pañuelos que se agitan.
No olvides la variante
de las pequeñas tiendas de turismo:
pregunta por el perfume
de la muchacha que te hubiera esperado
si tuvieras alguna
o el licor favorito de tu amigo
que no puede beber
porque la muerte no se lo permite
[...]
Y cuando los altoparlantes anuncien
que el viaje continúa
vuelve y levanta el brazo
hacia la muchedumbre
que es posible que quienes te saludan
sean también solitarios que no tienen
ni visitas ni ausencias.*

A todo viajero aéreo le espera en algún lugar cercano o remoto del mundo, un aeropuerto; pero no siempre el avión en que viaja llega a su sitio de destino. En el siguiente texto, Dimitris Houliarakis —el mismo que exaltó el osado estilo de vuelo kamikaze— nos habla sobre el desastre aéreo como una alegoría de la culminación de nuestros días en la tierra. Para este kamikaze de la poesía todo poema es una suerte de caja negra en la que el lector puede rastrear la tragedia de su autor.

LA CAJA NEGRA

*¿Quién encontrará las cajas negras de nuestras vidas
entre el desdichado escombros humeante
quién la levantará moviéndola afuera suavemente y luego
quién hurgará entre ella solemnemente
para analizar las causas de nuestra tragedia*

*Empero aun si ello se lleva a cabo cuál es el beneficio
puesto que lo que se sabía que sería llegó a ser
puesto que pálidos buscamos los destrozados
mosaicos de nuestra juventud
y ahora a nadie conocemos
y nada pedimos*

*Sí mejor que la caja negra de nuestras vidas nunca sea encontrada
mejor que se descomponga lejos en algún lado en los campos
mientras en torno la silenciosa hierba prolifera
hasta que se halle bien cubierta
y todo lo que quede sea
un montículo en el suelo*

Con todo lo anterior, pese a ascensos y caídas, la aventura del vuelo continúa. Nada detendrá a los aviadores y a los poetas en su febril impulso de ser, con los aviones y las palabras, lejanía. La aviación y la poesía buscan dar vuelo a lo que tiene peso.